

1º Junio 77
1917

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL LAUREL DE ORO.

ZARZUELA EN DOS ACTOS Y EN VERSO

LETRA DE

LOS SRES. D. SALVADOR M. GRANÉS

y

DON CALISTO NAVARRO.

MÚSICA DE LOS MAESTROS

DON RAFAEL TABOADA Y DON ANGEL RUBIO.

Representada con extraordinario aplauso en Madrid, en el Teatro de Eslava, la noche del 16 de Mayo de 1877.

MADRID.

ALONSO GULLON, EDITOR.

Pez. 40, segundo.

1877.

L47 - 6952



EL LAUREL DE ORO.

ZARZUELA EN DOS ACTOS Y EN VERSO

LETRA DE

LOS SRES. D. SALVADOR M. GRANÉS

Y

DON CALISTO NAVARRO.

MÚSICA DE LOS MAESTROS

DON RAFAEL TABOADA Y DON ANGEL RUBIO.

Representada con extraordinario aplauso en Madrid, en el Teatro de
Eslava, la noche del 16 de Mayo de 1877.

Calisto Navarro

MADRID, 1877.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

de los Señores J. C. Conde y Compañía,

Caños, 1.

PERSONAJES.

ACTORES.

LEONOR.....	SRA. D. ^a ANTONIA GARCÍA.
PAOLO.....	STA. D. ^a AMPARO BELLIDO.
BEATRIZ.....	» AURORA RODRIGUEZ
RUGGIERO SCOLTA....	SR. D. RAFAEL SANCHEZ.
MIGUEL ANGEL.....	» ENRIQUE JORDÁ.
EL MARQUÉS.....	» CRISTÓBAL GALVAN.
ASCANIO.....	» SALVADOR VIDEGAIN.
SAMUEL.....	» FRANCISCO POVEDANO.
JACOBO.....	» GREGORIO CUESTA.
PIETRO.....	» FELIPE SAAVEDRA.
PREGONERO.....	» ANTONIO GONZALEZ.
UN PAGE.....	» ARTURO VENTOSA.
HOMBRE 1. ^o	» VALENTIN CORREA.
IDEM 2. ^o	» JOSÉ MARIN.
IDEM 3. ^o	» JOSÉ RUBIO.

Damas, Caballeros, Pages, Reyes de armas, Sacerdotes,
Gentes del pueblo, esbirros.—Coro general.

Epoca 1550.

ADVERTENCIA. La partitura está arreglada, á fin de que en las compañías donde así convenga pueda hacer el baritono el papel de Ruggiero, y el bajo el de Miguel Angel. Para la música dirigirse á D. Angel Povedano, Lavapiés, 34, segundo, Madrid.

La propiedad de esta obra pertenece á sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se haya celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de D. ALONSO GULLÓN son los exclusivos encargados de conceder ó negar el permiso de representación, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley

[Handwritten signature and date: 29 Oct 24]

SS-6

A SU BUEN AMIGO

DON JOSÉ GIMENEZ LEIVA,

Recuerdo cariñoso de

Los Autores.

el sol de mañana
 vendrá á iluminar,
 De cintas y flores
 en arcos de triunfo
 las calles ornemos
 de nuestra ciudad. (Suena el clarín del pregon.)
 Silencio.

UNOS.

OTROS.

Un pregon.

TODOS.

Oigamos lo que dice,
 prestemos atencion.

PREGONERO.

(Todos, menos Paolo, se dirigen al sitio donde sonó el pregon.)
 (Dentro.) En nombre de S. A. Cosme de Médicis, primer gran Duque de Florencia. Se hace saber: que mañana á las doce del dia se cierra el concurso para la presentacion de una estatua de Santa Cecilia. El artista vencedor será conducido en triunfo desde el lugar destinado á la exposicion al pié del altar mayor del nuevo templo del palacio Pitti, en donde Miguel Angel coronará su talento ciñéndole el Laurel de Oro.

(Se oyen vivas y aplausos. El coro toma sus útiles é instrumentos de trabajo.)

PAOLO.

Una corona al talento,
 ceñida por Miguel Angel,
 del trabajo de cien vidas
 es recompensa bastante.

¡Ay de mi! que mi hermano podria,
 en esta ocasion,

ser quien tanta ventura alcanzase,
 y no quiere, no!

Coro. (Marchándose.) De Santa Cecilia. etc.

HABLADO.

JACOBO.

¿Qué tienes muchacho? (A Paolo.)

PAOLO.

Nada.

- JACOBO. Llorando estás, voto á Sanes. (Siguen hablando.)
- HOMBRE 2.º Oiste el pregon.
- HOMBRE 1.º Le oí,
y mañana, Dios mediante,
iré á la coronacion,
más por ver á Miguel Angel,
que á Juan de Bologne.
- HOMBRE 2.º ¿A Juan?
- HOMBRE 1.º Ese, de los contrincantes
será el agraciado.
- HOMBRE 2.º ¿Y Pisc?
- HOMBRE 3.º ¿Y Rolando?
- HOMBRE 1.º No cansarse;
Juan de Bologne es el que
ha hecho la mejor imágen.
- PIETRO. Como que no hay en Florencia
un escultor que le iguale;
es el que tiene más génio
- PAOLO. (Que ha estado hablando con Jacobo.)
¿Más génio?
- PIETRO. Sí.
- PAOLO. ¿Tú que sabes?
- PIETRO. Yo nada; pero lo dice
mi amo.
- TODOS. ¡Ah! (Como quien dice, eso es otra cosa.)
- PIETRO. El marqués de Apiani.
- PAOLO. Así juzga el pueblo, así
se le tacha de ignorante,
y con razon; eco sordo,
pero servíl, del magnate,
silba lo que oye silbar,
lo que vé aplaudir aplaude,
sin racionar síquiera
el por qué de lo que hace.

- PIETRO. ¡Paolo!
- PAOLO. ¡Infeliz artista!
- JACOBO. Deja á ese chico que hable;
está loco, Pietro.
- PAOLO. Sí,
locuras son las verdades
cuando no halagan.
- PIETRO. (A Jacobo.) ¿No escuchas?
- JACOBO. Te digo que no te canses.
Piensa el pobre que en Florencia
no hay escultor que aventaje
á su hermano.
- PIETRO. ¿Y quién es él?
- JACOBO. ¡Si no le conoce nadie! (Riéndose.)
- PAOLO. ¿Y porque no le conozcan
se ha de decir que no vale?
- JACOBO. Es una perla escondida (Burlándose.)
en el fondo de los mares,
- PIETRO. Un diamante sin pulir.
- TODOS. ¡Já! ¡já! ¡já!
- PAOLO. Hierve mi sangre.
- JACOBO. El pobre chico está loco.
- CORO. ¡Já! ¡já! (Todos se van riéndose.)
- PIETRO. Tiene gracia el lance.

ESCENA II.

PAOLO, ASCANIO.

- PAOLO. ¡Ira de Dios! (En el momento en que echa mano á la daga
y va á seguirlos, Ascanio le sujeta por el brazo izquierdo.)
- ASCANIO. ¿Dónde vás?
- PAOLO. Ascanio, voy á vengarme.
- ASCANIO. Vengarte, ¿de quién?
- PAOLO. ¿De quién?...

- ASCANIO. De quien no te ofendió.
- PAOLO. ¿Sabes?...
- ASCANIO. Lo sé todo.
- PAOLO. Se rieron
de mi hermano.
- ASCANIO. (Con ira.) ¡Mientes! Nadie
á tal cosa se atrevió,
pues aun tienen en sus fauces
la lengua, de que hacen uso,
sin que yo se la arrancase.
Se rieron del artista
ignorado y miserable,
á quien tú te has empeñado
en que rindan homenaje.
¿Qué ha hecho Rugiero en el mundo?
¿Dónde están sus obras de arte?
¿Qué escultura ha presentado?
Del talento que hace alarde,
¿qué prueba dió? ¿Quién ha visto
algo suyo que se iguale
con lo de Juan de Bologne,
Pisc, Rolando ó Miguel Angel?
¡Ascanio!
- PAOLO. Escucha, Paolo:
ASCANIO. soy hermano de tu madre.
Recibí su último aliento,
oí sus últimas frases.
Ascanio, me dijo, oye.
Voy á morir. Hay dos ángeles
en la tierra, á quienes dejo
en la orfandad: sé su padre. (Enternecido.)
¡Madre mia! (Llorando.)
- PAOLO. Quedan bien,
ASCANIO. en tanto que no les falte
la proteccion del de Acosta:

mas, si llegara á faltarlles,
 júrame velar por ellos...
 Se lo juré. Y espirante
 me dió un beso, murmurando:
 para mis hijos...

PAOLO. ¡Ah! madre.
 ASCANIO. Y porque á sus hijos fuera,
 exhaló el alma en la frase.
 PAOLO. ¡Ay de mí! (Corta pausa.)
 ASCANIO. Tuvo el de Acosta

que emigrar de aquí, llevándose
 lo poco que le dejaron
 que no se lo confiscasen.
 Tú eras entonces muy niño,
 y no quise separarte
 de mí: tu hermano tan sólo
 marchó con Acosta á Flandes.
 Há un año ha vuelto á Florencia
 Rugiero, y un año hace
 que vives con él, Paolo;
 ¿por qué vivís miserables,
 si él, trabajando, podría
 hacer que nada os faltase?
 Es verdad.

PAOLO.
 ASCANIO. Yo soy un pobre.
 Apenas gano bastante
 para mi sustento.

PAOLO. Sí.
 ASCANIO. Tu hermano debe aplicarse,
 si no por él, por tí al ménos;
 es criminal, es culpable
 su desidia. Así, Paolo,
 no le disculpes, ni saques
 la cara por quien contigo
 tan mal se empeña en portarse.

Gravés (Salvador M^e) y Navarero (Calisto)
El Laurel de oro Zerruela en factos
versos Múica de los maestros Rafael
Fabrada y D^{no} Angel Rubio
Madrid Estab. Tip. J. C. Conde 1877
3^a m^{lla} rústica pell.

95-6

PAOLO.

¡Ascanio!

ASCANIO.

Es un vago, sí,
un mal hermano, un infame.

ESCENA III.

PAOLO.

MÚSICA.

Madre del alma mía,
madre del alma,
vuelve amante los ojos
á mi desgracia.
Vuélvelos, madre,
suplicando al Eterno
que á sí me llame.
De mi angustiado pecho
huye la calma,
y es la vida que arrastro
triste y amarga;
tanto padezco,
que en la muerte tan sólo
tendré consuelo.

ESCENA IV.

PAOLO RUGIERO.

HABLADO.

RUGIERO.

Paolo, ¿lloras?.. ¿Qué pena
tus ojos ha puesto rojos?

PAOLO.

El viento fué, que á mis ojos
trajo, sin duda, la arena.

RUGIERO.

No, yo lo quiero saber;

- PAOLO. Paolo, ¿quién te ofendió? Dí.
 ¿Quién me ha de ofender á mi,
 ni por qué me han de ofender?
- RUGIERO. Huellas creí ver del llanto
 en tu rostro.
- PAOLO. Es aprension
 nacida de tu pasion.
- RUGIERO. Es verdad. ¡Te quiero tanto!
 Dos séres de mi albedrío
 se reparten el tesoro;
 el uno, el ángel que adoro:
 el otro, tú, hermano mio.
- PAOLO. ¿Amas, Rugiero?
- RUGIERO. ¡Ay de mí!
 Amo, digo mal, no amo;
 que la llama en que me inflamo
 no es amor, es frenesí;
 si léjos de ella hasta hoy
 guardé el secreto con calma,
 se me ha salido del alma
 al pensar que á verla voy.
 Triste arrastré la existencia,
 temiendo quizá su olvido;
 mas hace poco he sabido
 que de nuevo está en Florencia.
 La he visto; y aunque un instante
 tan sólo la pude hablar,
 me adora, y para labrar
 mi ventura fué bastante.
 Yo, por alcanzar su amor,
 he de hacer cuanto me exiga.
- PAOLO. ¿Es, por ventura, la hija
 de Acosta, tu protector?
- RUGIERO. Si, hermano: escucha un instante
 cómo el afecto del niño

llegó á engendrar el cariño,
el delirio del amante.

—Cuando el de Acosta emigró,
con él compartí el destierro;
Leonor y yo, desde niños,
habitamos bajo un techo;
ambos dimos al de Acosta
de padre el dictado tierno:
ella por deberle el sér,
yo por agradecimiento.

Juntos crecimos: no hay
en nuestra vida un suceso
en que no vaya enlazado
su recuerdo á mi recuerdo;
nuestros goces fueron unos,
nuestros pesares idénticos;
de su pena ó su alegría
era mi rostro el espejo.

—Ambos, todas las mañanas,
bulliciosos y risueños,
á depositar corríamos
en la misma frente un beso;
y al cerrarse nuestros ojos,
fatigados por el sueño,
juntos subian á Dios
nuestros inocentes rezos,
y un solo Angel de la la Guarda
velaba nuestros dos lechos.
Cuántas veces, de la tarde
á los últimos reflejos,
enlazadas nuestras manos,
fija la vista en el cielo,
seguíamos pensativos
al sol que se iba escondiendo,
dejando frios y tristes

los campos antes risueños;
y al pensar que nuestra dicha
contaba ya un día ménos,
melancólica tristeza
embargaba nuestros pechos,
y una lágrima brotaba
en nuestros ojos á un tiempo,
porque avaros del presente,
en que tan felices éramos,
la idea del porvenir
nos daba tristeza y miedo.
Y llegó un día en que aquel
dulce y fraternal afecto,
ensanchando su ambicion
trocóse en amor violento.
¡Amor, semilla divina
que en el alma vierte el cielo,
y que sin notarlo el alma
va germinando allí dentro!
Y aquel día, en nuestra mente
surgió un mundo de deseos;
las manos, que antes se unian
sin temor, ahora, á un ligero
roce, huían á esconderse;
de las miradas el fuego
abrasaba nuestros rostros,
y balbucientes y trémulos
los lábios, ni aun acertaban
á expresar los pensamientos.
Desde entonces es Leonor
mi único bien, mi embeleso.
Aun ausente de su lado
en todas partes la veo:
su alegría es mi alegría,
con sus pesares padezco.

es la esencia de mi alma,
 es el aire de mi aliento,
 es mi luz, mi bien, mi gloria,
 mi norte, mi amor, mi cielo.

PAOLO.

Feliz tú, á quien la fortuna
 muestra un iris de bonanza;
 aún tienes una esperanza,
 yo no conservo ninguna.

RUGIERO.

Quizás amas tú también.

PAOLO.

Amar no, que amar es poco;
 idolatro como un loco;
 pero ¡ay de mí! no sé á quién;
 la prenda de mi pasión
 ver por do quiera presumo,
 y al ir tras ella, cual humo
 desaparece la visión.

RUGIERO.

Mas, ¿quién es ella?

PAOLO.

No sé:
 un día que al templo fuí,
 salir del templo la ví
 y, por mi mal, la miré.

RUGIERO.

¿Y no averiguastes?...

PAOLO.

Nada:
 verla no pude de nuevo:
 mas poco importa, si llevo
 su imágen aquí grabada.

RUGIERO.

Niño, no así tu cariño
 busque tan pronto su ocaso.

PAOLO.

Este amor en que me abraso
 no es el capricho de un niño.

RUGIERO.

Para pensar de ese modo
 aún es muy jóven tu alma;
 toma el consejo y ten calma
 que tiempo habrá para todo.
 No siempre el destino vario

tan hostil se ha de mostrar,
y vé que por hoy, pensar
otra cosa es necesario;
pues rápido el tiempo pasa
sin que nada darnos pueda,
y desde anoche, no queda
un florin en nuestra casa.
¡Ay! bien lo sé.

PAOLO.

RUGIERO.

No me apura
su falta.

PAOLO.

RUGIERO.

¿Y qué vas á hacer?
Vé á casa, y en el taller
hallarás una figura.

PAOLO.

RUGIERO.

¿La Santa Irene?
Sí, aquella:

á Samuel vete á buscar,
á ver si te quiere dar
los tres ducados por ella.

PAOLO.

RUGIERO.

Todas nos las paga así.
Que esta compre, es menester.

PAOLO.

RUGIERO.

¡Voy!

No tardes en volver.

PAOLO.

RUGIERO.

¿Dónde me esperas?

Aquí.

ESCENA V.

RUGIERO, luego BEATRIZ.

Pobre niño; el sufrimiento
siente ya dentro del alma,
y apenas sale á la vida
le persigue la desgracia...
Pero Leonor ayer noche
me dió cita en esta plaza,

- diciendo queria hablarme
y me parece que tarda...
- BEATRIZ. ¡Caballero; protejednos!
En esa calle inmediata,
por una turba de locos
nos hemos visto acosadas
mi señora y yo.
- RUGIERO. Por Cristo,
tal accion pagarán cara.
Seguidme.
- BEATRIZ. Dios os lo premie...
Pero ved, por allí avanzan
tras mi señora.
- RUGIERO. Mi acero
los tendrá, no temais nada.

ESCENA VI.

Dichos y LEONOR, que cubierta con un manto viene perseguida por el MARQUÉS DE APIANI y coro de nobles, yéndose á escudar con Rugiero.

- MÚSICA.**
- LEONOR. La turba me sigue,
salvadme por Dios.
- RUGIERO. Mi brazo os defiende.
- LEONOR. ¡Rugiero!
- RUGIERO. (Reconociéndola.) ¡Leonori!
- CORO Y MARQ. La pobre paloma
rendida cayó.
- RUGIERO. No temas, que juro
velar por tu honor.
- MARQUÉS. Tapada misteriosa,
descubre tu semblante,



- que el alma quiere ansioso
 beber su luz radiante
 Si esquivas á nuestro anhelo
 cubierta sigues ya,
 mi mano pronto el velo
 del rostro arrancará.
- RUGIERO. Atrás, ó por mi nombre
 la ofensa vengaré.
- CORO y MARQ. En vano un solo hombre
 nos quiere detener.
- LEONOR. Si avanzan soy perdida.
- CORO. Veámosle la faz.
- RUGIERO. Haré pagar mi vida. (Desenvainando.)

ESCENA VII.

Dichos y MIGUEL ANGEL.

- MIGUEL. (Saliendo.) Villanos, ¡alto!
- TODOS. ¡Ah!
- MIGUEL. ¡Perseguir á la inocencia!
 ¡Insultar á una mujer!
 ¿No os reprende la conciencia
 tan menguado proceder?
 ¿Es hidalga la impudencia?
 ¿No es cobarde el deshonor,
 ó es que ya no hay en Florencia
 hidalguía ni valor?
- CORO. Para hablar así,
 razon tiene á fé.
- MARQUES. Descuidad, que yo
 os disculparé.
 (A Leonor.) Sin temor, bella tapada,
 ya de aquí podeis marchar,

- y la broma, aunque pesada,
bondadosa dispensad.
- RUGIERO. Si el temor de otra emboscada
os retiene aquí quizás,
de mi honor acompañada
él en salvo os dejará.
- LEONOR. Vuestra accion nunca olvidada
en mi pecho quedará,
y en valor tal amparada
bien seguro mi honor vá.
- MIGUEL. Misteriosa es la tapada,
y me induce á sospechar,
verla así tan recatada
que ella es dama principal.
- CORO. Sin temor, bella tapada,
ya de aquí podeis marchar,
y la broma, aunque pesada,
bondadosa dispensad.

Adios, Marqués,
la partida empeñada
salió al revés.

- MARQUES. Hasta despues,
la partida empeñada
salió al revés.
- (El coro se va por un lado. Rugiero conduce á Leonor
hasta las gradas del templo.)

HABLADO.

- RUGIERO. Adios, Leonor.
- LEONOR. Necesito
hablarte. Luego á esta plaza,
durante la ceremonia,
saldré.
- RUGIERO. Acudiré sin falta.

(Leonor entra en el templo y Rugiero váse por la izquierda, despues de saludar á Miguel Angel.)

ESCENA VIII.

MIGUEL ANGEL y el MARQUÉS.

MARQUÉS. A tiempo, en verdad, llegásteis de evitar una desgracia, pues ya ese doncel, queriendo prestar apoyo á la dama, llegó á provocarnos y...

MIGUEL. Marqués, ver en vos me extraña tan poco juicio; á las artes vuestra vida consagrada debe estar, y estos excesos vuestra dignidad rebajan.

MARQUÉS. Un director del Museo artístico, que malgasta el tiempo buscando lances y persiguiendo á las damas!... Costumbres de nuestro siglo!...

MIGUEL. Y tales calaveradas siempre están bien en los nobles.

MARQUÉS. ¡Pero, Marqués!

MIGUEL. Todo es caza: ¿que más da campo ó poblado?

MARQUÉS. ¿Y el arte?

MIGUEL. El arte, me halaga.

MARQUÉS. Vos sabéis, mejor que nadie, cuánto al arte rindo párias, pues de mi especial afecto os he dado pruebas hartas, y no es la menor dignarme cruzar con vos la palabra, á pesar de lo elevado de mi álcurnia y de mi raza.

MIGUEL.

Sé lo que hay de vos á mi,
y la infinita distancia
de mi humilde condicion
á la vuestra ilustre y alta:
mas como no envidio otra,
con la que tengo me basta.

MARQUÉS.

La vuestra es la posicion
del talento, muy sagrada;
la mia es la de la estirpe,
la del oro, que es más grata,
y la mia es la señora
por que es siempre la que paga.

MIGUEL.

Dejemos eso, Marqués,
y hablemos de lo que os plazca.

MARQUÉS.

Decís bien. ¿Cuándo llegásteis
á Florencia?

MIGUEL.

Esta mañana.

MARQUÉS.

¿Y habeis visto ya al Gran Duque?

MIGUEL.

Aun no: lo que yo anhelaba
era ver la exposicion.

MARQUÉS.

Nunca ha habido otra más vasta
en Florencia, ¿no es verdad?
¡Cuántas maravillas! ¡cuántas!
Bien se conoce que yo
me encargué de organizarla.
¿Y qué es lo que habeis hallado
más digno de encomio?

MIGUEL.

Nada.

Figuras sin expresion,
sin formas, amaneradas;
no hay una sola obra artistica
entre aquel monton de estátuas.
Lo mismo sucede en Roma,
el arte ha huido de Italia.
Mentira, señor, parece

que el siglo á que dieron fama
 los nombres de Rafael
 y de Vinci... Pero basta...
 no imagineis que es la envidia
 la que dicta mis palabras.
 ¿Envidia vos?.. ¿Y de quién?
 Hay quien tal vicio me achaca:
 tengo muchos enemigos,
 y es justo... Estoy en mi pátria.
 Dicen que soy envidioso...
 ¿Envidioso... yo?

MARQUÉS.

MIGUEL.

MARQUÉS.

MIGUEL.

Quien habla
 así de vos, no os conoce.
 Escuchad. La noche aciaga
 en que murió Rafael,
 corrí anhelante á su casa,
 y al acercarme á su lecho,
 la angustia, el dolor me ahogaban.
 La Transfiguracion, esa
 maravilla, esa obra magna
 del divino Rafael,
 se hallaba al pié de su cama.
 Parecia que la imágen
 del Salvador, no esperaba
 mas que á llevarse su alma.
 Rafael, yo tu cadáver
 humedecia con mis lágrimas,
 cubrí de besos tus manos
 por el arte consagradas!..
 —Pues bien, al salir de allí,
 lleno de tristeza amarga,
 Vásari me hizo observar
 que los grupos me miraban,
 buscando en mi rostro huellas

- de una alegría bastarda,
 porque nadie mi dolor
 que era sincero pensaba.
- MARQUÉS. Desechad esos recuerdos,
 y no habéis de una desgracia
 que, aunque grande para el arte,
 hay quien pueda repararla.
 Quedáos aquí en Florencia,
 donde os respetan y os aman.
 ¿Qué interés os lleva á Roma?
- MIGUEL. Roma es mi segunda pátria.
 No bien la coronacion
 termine, me pondré en marcha.
- MARQUÉS. ¿Y no asistís á mi boda?
- MIGUEL. ¿Os casais?
- MARQUÉS. ¿No sabéis nada?
- Pues me caso con la hija
 de un senador que se hallaba
 proscripto, y por mi influencia
 del Gran Duque obtuvo gracia;
 por cuya razon, me ha dado
 de su hija la mano blanca,
 ¿Y qué senador es ese?
- MIGUEL. Andrea Acosta.
- MARQUÉS. Ignoraba...
- MIGUEL. Su hija Leonor tendrá pronto
 la honra que codician tantas
 de ser mi esposa.
- MIGUEL. Yo os doy
 la enhorabuena.
- MARQUÉS. Mil gracias,
 aunque mucho más que á mí
 á la novia debeis dársela.
- MIGUEL. Siempre el mismo... Mas qué ruido...
- MARQUÉS. Son dos hombres que regañan...

ESCENA IX.

Dichos, SAMUEL, PAOLO.

PAOLO.

Hereje, perro, bribon.

SAMUEL.

¡Socorro! ¡Que se propasa!...

PAOLO.

¡Infame!

MARQUÉS.

Pero, ¿qué pasa?

PAOLO.

Que este judío ladron
se ha propuesto, por lo visto,
hacer hoy con los cristianos
lo mismo que sus paisanos
hicieron antes con Cristo.

SAMUEL.

No hagais caso; es que se venga
injuriándome.

PAOLO.

Si á fe.

MARQUÉS.

Contad que es ello, y daré
la razon al que la tenga.

PAOLO.

No podemos entendernos:
es un tunante, un rufian,
un usurero, al que están
reclamando en los infiernos.

MIGUEL.

(El muchacho es atrevido
y no se muerde la lengua.)

PAOLO.

Oid, señor, para mengua
de este bribon, lo ocurrido.
Mi hermano, escultor novel,
entre angustias y amarguras,
suele hacer unas figuras,
monigotes segun él.

Este vil, por la primera
cuatro ducados me dió,
y en igual precio ofreció,
comprar cuantas le trajera.

Pero sabiendo despues
que vivimos apurados,
en vez de á cuatro ducados
todas me las paga á tres.
Y aun hoy á ofrecerme viene,
de pensarlo pierdo el tino,
medio ducado mezquino,
ved... por esta Santa Irene.

MIGUEL.

A ver... (Cogiéndola.)

PAOLO.

Y el faltar al trato
no es lo que más me ofendió,
sino que al decirle yo,
«quereis comprar muy barato,»
repuso, «quien hambre tiene,
no es fácil que mucho aguarde:
tu hermano y tú, pronto ó tarde,
me dareis la Santa Irene.»

Pero yo sabré con brío
romper sus traidores lazos,
Primero la hago pedazos,
que dársela á este judío.

MIGUEL.

(Que ha estado examinando la figurita.)

Tal trabajo, á simple vista,
no es de un escultor novel:
quien maneja así el cincel
es un verdadero artista.

(Enseñándola al Marqués.)

¿Qué opinais vos?

MARQUÉS.

Mi opinion
con la vuestra está conteste.
Yo no entiendo. Pero éste
la alaba y tendrá razon.

MIGUEL.

Si esta figurita bella
quereis venderme. Yo soy
mercader tambien, y doy

- treinta ducados por ella.
 PAOLO. ¡Treinta ducados!... ¡Ya es rico mi hermano! Mas nó... no quiero... No vale tanto dinero un monigote tan chico.
- MIGUEL. Al mostrarte satisfecho, mal su mérito comprendes. Ni tú sabes lo que vendes, ni tu hermano lo que ha hecho. ¿Te conviene?
- PAOLO. Si señor.
- SAMUEL. Yo no sufro...
- PAOLO. Por Dios vivo!... Como su dueño esclusivo, la vendo al mejor postor: tú nada tienes aquí: es vuestra. (á Miguel.)
- SAMUEL. Puede pesarte.
- MIGUEL. Yo mañana iré á llevarte su importe... ¿Tu casa?..
- PAOLO. (Señalando una de la plaza.) Allí. Llamad, que ya hallareis quien razon os dé.
- MIGUEL. Iré temprano: ¿cómo se llama tu hermano?
- PAOLO. Rugiero Scolta.
- MIGUEL. Está bien.
- SAMUEL. Reflexiona Paolo...
- PAOLO. Quita.
- MARQUÉS. ¿Más qué intentais?
- MIGUEL. Conocerle. Tendré mucho gusto en verle; anúnciale mi visita.
- MARQUÉS. Pensad que presido yo la fiesta, y el tiempo pasa.

MIGUEL. Os dejaré en vuestra casa.

MARQUÉS. ¿No quereis asistir?

MIGUEL. No:

de fiestas cansado ya
busco quietud y aislamiento.

MARQUES. (Dicen que tiene talento...

lo dicen... ¡verdad será).

ESCENA X.

PAOLO Y SAMUEL.

SAMUEL. Habiendo sido testigo
de esa venta, en mi conciencia
está hacerte una advertencia:
una advertencia de amigo.

Durante tu enfermedad,
y al veros tan apurados,
dí á Rugiero cien ducados.

PAOLO. Es falso.

SAMUEL. No; es la verdad;
mas siempre con el propósito
de prevenir un evento,
firmar le hice un documento
en calidad de depósito.

PAOLO. ¿Y qué intentas?

SAMUEL. Reclamar

hoy la deuda si me place,
y si no la satisface
puedo hacerle encarcelar.

PAOLO. ¡Ah perro! Mal se contiene
mi furor.

SAMUEL. Haz lo que quieras:

pero evitarlo pudieras
dándome la Santa Irene.

PAOLO.

¡Nunca!

SAMUEL.

Advierte...

PAOLO.

¡Basta yá,

SAMUEL.

huye á mi furia, villano!
Sea; esta noche tu hermano
en la carcel dormirá.

ESCENA XI.

PAOLO.

¡Prender á Rugiero?... Cara
tan vil accion le saliera.
Si capaz de hacerlo fuera,
por Cristo, que le matára;
mas no es posible; pavura
tal vez pretendió infundirme,
queriendo así decidirme
á venderle la escultura.

ESCENA XII.

PAOLO y RUGIERO.

RUGIERO.

¡Paolo!

PAOLO.

¡Ah! ¡Rugiero!

RUGIERO.

¡Cumplido

está mi encargo?

PAOLO.

Hace un instante
que en un precio exorbitante
la Santa Irene he vendido.

RUGIERO.

¿Samuel, por ventura?...

PAOLO.

No.

Otro que tu génio alienta,
y que elogiándola, treinta
ducados darme ofreció.

RUGIERO.

¡Bien vendida!

PAOLO.

En conocerte
mostró un empeño prolijo:
le dí las señas, y dijo
que iria mañana á verte.

RUGIERO.

¿Será mercader?

PAOLO.

Tal creo.

Pero parece un buen hombre,
y de averiguar tu nombre
manifestó gran deseo.

RUGIERO.

Quizá tenga algun capricho
que encargar.

PAOLO.

No sé ha explicado.

—¿Sabes que Samuel me ha dado
un susto?

RUGIERO.

¿Pues qué te ha dicho?

PAOLO.

Al ver que no quise yo
malvenderle la figura,
me dijo que una escritura
le has firmado; y que si no
se le paga al reclamar
su importe, que está en su mano...

RUGIERO.

¿El qué?

PAOLO.

¿Qué dirás hermano?

El mandarte encarcelar:
yo, al pronto, me quedé yerto.
Temblé, Rugiero, por tí;
pero despues comprendí
que era falso.

RUGIERO.

Pues es cierto.

PAOLO.

¿Qué dices?

RUGIERO.

Sí: mas temor

- no abrigues, porque mi estrella
 hoy aparece más bella
 iluminando mi amor,
 y por sus rayos guiado,
 apartar quiero de mí
 esa inercia, que hasta aquí
 me hizo vivir olvidado.
- PAOLO. ¡Piensa bien lo que te impones!
 RUGIERO. Ciña mi frente el laurel,
 ó haga mi propio cincel
 pedazos mis ilusiones.
 Si es que en mí de artista hay algo,
 dentro de poco he de ver,
 porque ya es fuerza saber
 lo que soy y lo que valgo.
- PAOLO. Bien, Rugiero: al fin germina
 en tu pecho la ambicion.
- RUGIERO. ¡Oh!... Mira; la procesion (Se oye tumulto dentro.)
 ya hácia el templo se encamina.
- PAOLO. Es cierto; Florencia ufana
 hoy ese templo inaugura.
- RUGIERO. Y en cambio, cuánta amargura
 habrá en Florencia mañana.
 Mañana, allí, entre el sonoro
 clamor de un pueblo ferviente,
 Miguel Angel, á una frente
 ceñirá el laurel de oro.
 ¡Ay de mí! Contar podrás, (Banda dentro.)
 cuando se abran esas puertas,
 muchas esperanzas muertas:
 ¡Italia un artista más!
- PAOLO. Mas, ¿tú?...
- RUGIERO. (Para sí y como tomando una resolucion.)
 De un hombre la suerte
 pronto será decidida;

vida sin gloria no es vida:
pues bien, la gloria ó la muerte.

ESCENA XIII.

Dichos, y la procesion que empieza á pasar por el órden siguiente: un oficial y soldados: el marqués Apiani con estandarte de las armas de Florencia, y dos pajes llevando las cintas: un fraile y dos monaguillos con otro estandarte de una imágen: un caballero y dos pajes con otro estandarte de las armas de Médici: caballeros, frailes y dos monaguillos con cruz y ciriales: banda, reyes de armas, dos obispos y dos caballeros llevando las varas del pálio, debajo del cual va un arzobispo: sacerdotes, caballeros y soldados; cerrando la marcha el pueblo: las campanas tocan á vuelo; todos entran en el templo: Rugiero y Paolo, descubiertos, permanecen en la escena: poco despues Leonor, con otras damas, aparece en las gradas de la iglesia.

MÚSICA.

- CORO. (Durante la procesion.)
A bendecir el templo
Florencia entera va: (Señalando al templo.)
mañana allí de un génio
la gloria lucirá.
(Leonor aparece en las gradas del templo.)
- RUGIERO. (Hablando.) Silencio, hermano... Es ella.
- PAOLO. ¿Quién?
- RUGIERO. ¡La que adoro!
- PAOLO. (Reconociéndola.) ¡Ah!
La misma que yo amaba:
(Música del órgano dentro.)
muere esperanza ya.
- LEONOR. (En las gradas.) Una frente aquí mañana
ceñirá el laurel:
¡ay! por qué suerte tirana,
no ha de ser la de él. (Señalando á Rugiero.)
- PAOLO. Agostó mi flor temprana

vendaval cruel:
de mi bien tal vez mañana
dueño será el.

RUGIERO. No por sed de gloria vana
quiero yo el laurel;
es que un bien mayor mañana
me daría él.

ESCENA XIV.

Dichos y SAMUEL, que aparece con el coro de esbirros, y
cantan mientras RUGIERO figura hablar con LEONOR.

SAMUEL Y EL CORO. Chito, chito,
despacito.
el que habeis de aprender allí está

CORO. No hay cuidado
que el malvado
su delito á pagar pronto va:
chiton, ehiton,
que no se nos escape el bribon.

(Paolo permanece sumido en sus reflexiones. Rugiero se acerca á Leonor.)

LEONOR. Conquista el lauro hermoso
que al génio el arte da,
pues si el luchar fatiga
glorioso es el triunfar.
Al verte grande, digno
de mí te juzgarán,
y en premio de tu gloria
mi mano alcanzarás.

RUGIERO. Leonor del alma mía,
mis dudas cesan ya;
por tí la gloria ansío,
la voy á conquistar:

quizás mañana mismo
mi nombre aclamarán.
En pós de gloria corro.
Adios.

LEONOR. Adios.

CORO (deteniéndole.) Atrás!
En nombre del Gran Duque.

RUGIERO. Ah!

SAMUEL Y CORO. Dáos á prision.

RUGIERO. Yo?

PAOLO Y LEONOR. Cielos!

RUGIERO. A lo ménos,

decid ¿por qué razon?

CORO. ¿Preguntais la razon?

Pues prestad atencion.

CORO. El honrado comerciante que aquí está,
cien ducados en depósito os dejó;
pero al ir á reclamároslos hoy, vió
que hasta el último os habeis gastado ya,
y, pues fué vuestro propósito
estafar al buen Samuel,
el abuso de depósito
en la cárcel pagareis.

RUGIERO. Mentira, infame.

SAMUEL (al coro.) Prendedle.

RUGIERO. Atrás!

CORO. A la justicia,
no resistais.

PAOLO. Al que á mi hermano,
ose tocar;
le hundo en el pecho
este puñal.



ESCENA XV.

Dichos y todos los que salen del templo : MARQUÉS, ASCANIO, etc. Leonor se cubre con el velo.

TODOS. Qué gritos, qué escándalo,
qué sucede aquí.

CORO Y SAMUEL. Reo es éste pícaro,
de una estafa vil.

LEONOR. Rugiero!

PAOLO. ¡Canalla!

ASCANIO. (Le pierdes así.)

MARQUÉS. Prendedle.

LEONOR. ¡Dios mio!

RUGIERO. Adios, porvenir.

CONCERTANTE.

Coro de esbirros y coro general, MARQUÉS y SAMUEL.

SAMUEL. Un ejemplar escarmiento
la ley, al momento, con él debe hacer.
para que llegue á noticia
del que á la justicia se quiera oponer.

LEONOR. Cuando logré con mi acento,
audacia y aliento á su alma volver,
mis ilusiones desquicia
la fiera codicia de un vil mercader.

RUGIERO. Ella infundió con su acento,
audacia y aliento á todo mi sér,
y ahora mis planes desquicia
la fiera codicia de un vil mercader.

PAOLO. Cuando de gloria sediento,
el lauro al talento corria á obtener,
sus ilusiones desquicia
la fiera codicia de un vil mercader.

ASCANIO. Ruda es la pena que siento:
 salvarle al momento es hoy mi deber,
 ya que perderle codicia
 la fiera avaricia de un vil mercader.

TODOS. (A los corchetes.) Llevadle, pues,
 á la prision,
 y haced callad
 á ese bribon.

LEONOR, ASCA- } Le salvaré
 NIO y PAOLO. }

RUGIERO. He de vengar
 tan vil traicion.
 ¡Adios, Leonor!

LEONOR. ¡Adios!

LOS DOS. ¡Adios!

(Los esbirros se llevan á Rugiero, que hace esfuerzos por desasirse. Leonor cae desmayada en brazos de Beatriz. Paolo y Ascario siguen á Rugiero. Cuadro final.)

ACTO SEGUNDO.

Estudio de un escultor: mesa y sillón: Esculturas, bosquejos, etcétera, etcétera. En el frente, y tapada por una cortina que podrá descorrerse á su tiempo, una imagen de talla de Santa Cecilia, de mármol blanco: al levantarse el telón Paolo dormita sentado en el sillón y recostado en la mesa.

ESCENA PRIMERA.

PAOLO dormido. El coro de esbirros dentro.

CORO DENTRO. En nombre del Gran Duque
abrid sin dilacion.
Abrid á la justicia
que ejerce su mision.
Abrid, abrid,
ó voto á Satanás
la falta de obediencia
habreis de lamentar.

PAOLO.

(Dormido y soñando.)

Dulce bien mio,
grata ilusion,
no me abandones
por compasion.
Oye mi acento,
ven junto á mí...
tu imágen bella
guardo yo aquí...

CORO.

¡Ah de la justicia!

Abrid, abrid.

PAOLO.

Oye mi acento,
ven junto á mí.

CORO.

En nombre del Gran Duque
abrid sin dilacion, etc.

ESCENA II.

PAOLO, SAMUEL y esbirros.

PAOLO.

¡Lllaman?... ¡Me quedé dormido!
¡Será Rugiero quien llama?
Veamos... Samuel. (Abriendo.)

SAMUEL.

(Entrando con el coro.) Paolo.

PAOLO.

¡Qué buscas en esta casa?

SAMUEL.

Lo que tu hermano me debe
y con escusas bastardas
se niega á pagar.

PAOLO.

Judío.

ten cuenta con lo que hablas
ó yo sabré poner coto
á tu insolente arrogancia.

SAMUEL.

No te incomodes, Paolo,
la justicia me acompaña,
y órden traigo de embargar
lo que más me satisfaga.

PAOLO.
SAMUEL.

¡Vive Dios!

Las esculturas
que contemplo en esta sala,
aunque muchas, valen poco
y su importe, no me basta.
(A los esbirros.) Veamos trás ese lienzo,
donde quizás otra estatua
hallemos.

PAOLO.

¡Atrás esbirros!
No dé un paso vuestra planta,
ó el primero que se acerque,
prueba el temple de mi daga.
Paolo...

SAMUEL.

PAOLO.

SAMUEL.

PAOLO.

¡Atrás os he dicho!
Vé que las leyes me amparan.
Samuel: para mí el primero,
esa cortina es sagrada,
y por Dios, no has de ser tú
quien se atreva á profanarla.
Tu hermano me debe...

SAMUEL.

ESCENA III.

Dichos y ASCANIO.

ASCANIO.

SAMUEL.

ASCANIO.

SAMUEL.

PAOLO.

ASCANIO.

SAMUEL.

ASCANIO.

Mientes:
toma: no te debe nada. (Le arroja un bolsillo.)
Dispensad... ¿Hay cien ducados?
Cuéntalos.

No no hace falta.
Gracias, Ascanio.

Paolo.

Tomad. (Dándole un papel.)
Vete, antes que te haga
medir el espacio que hay
de ese balcon á la plaza.

SAMUEL. (A los corchetes.)
Seguidme. (Me voy con oro,
aunque me voy sin venganza.)

ESCENA IV.

PAOLO Y ASCANIO.

PAOLO. Gracias, Ascanio, en el nombre
de mi pobre hermano, gracias.

ASCANIO. Obrando así, cumplo sólo
una promesa sagrada;
salvarle ofrecí á tu madre,
y le he salvado... y me basta.

PAOLO. Pero vos sois pobre, Ascanio,
y la suma que adeudaba
Rugiero, era grande. ¿Cómo
habeis podido encontrarla?

ASCANIO. He vendido cuanto habia
de algun valor en mi casa.
¿Qué me importa la miseria
si le libro de la infamia?

PAOLO. ¡Corazon grande y sublime!
¿Y érais vos quien se quejaba
de Rugiero... quien decia
que era un vago?

ASCANIO. Si sus faltas
reprendo, si su pereza
más de una vez le eché en cara,
no es por no amarle... ¡no amarle
á el!... ¡al hijo de mi hermana!
Es porque yo he presentido
que tu hermano tiene un alma
de artista, que en su cerebro
arde del génio la llama...

- es porque quisiera verle
siendo la gloria de Italia.
- PAOLO. Lo será, Ascanio. Esa fe
que alienta vuestra esperanza,
alienta también la mía...
Hay una voz que no engaña:
la del corazón. Rugiero
tenderá un día las alas.
El aire de la miseria
asfixia el genio y le mata;
pero si encumbrarse logra
á otra atmósfera más alta,
el genio es astro brillante,
que alumbrado por la fama,
desde el cielo de la gloria
su luz sobre el mundo irradia.
- ASCANIO. Quiera el cielo que muy pronto
se realicen tus palabras.
Adios.
- PAOLO. ¿Os vais?
- ASCANIO. Sí. Rugiero
en la prisión aun se halla,
y á darle la libertad
quiero correr sin tardanza.
- PAOLO. Decís bien; marchad, Ascanio,
y que el cielo os premie tanta
solicitud.
- ASCANIO. Muy en breve
entrar le verás en casa,
y si de esta no escarmienta,
de él no hay ya que esperar nada.

ESCENA V.

PAOLO, despues LEONOR y BEATRIZ.

- PAOLO. Oh, sí, es preciso animarle;
es necesario que salga
de esa inaccion que le abruma
y que sus ensueños mata.
(Leonor, cubierta con un manto y acompañada de Beatriz se
presenta en la puerta.)
- LEONOR. Beatriz, esperad fuera. (Vase Beatriz.)
- PAOLO. ¡Dios mio!
- LEONOR. ¿Es esta la casa
de Rugiero?
- PAOLO. Sí, señora.
- LEONOR. Y decid; ¿sabeis si se halla
en libertad?
- PAOLO. Debe estarlo
en breve.
- LEONOR. (¡Dios me escuchaba!)
Quisiera... verle...
- PAOLO. Esperarle
podeis.
- LEONOR. ¿Dónde?
- PAOLO. En esta sala.
(Ella es, no me cabe duda.)
- LEONOR. Le esperaré.
- PAOLO. Por si tarda,
iré yo mismo á buscarle.
(¡Me ahogo!,) Señora... (Vase.)
- LEONOR. ¡Gracias!

ESCENA VI.

LEONOR.

MÚSICA.

LEONOR.

¿Por qué el alma siente
angustia y pesar?
Dudas encierra mi pecho,
¡angustia siento en el alma!
¿Si ve sonriente
su estrella brillar?
Si de flores un camino,
el destino me mostró,
con angustia ven mis ojos
que de abrojos se cubrió.
¡Ay de mí!
¿Para qué,
si han de ser mis amores así
amar soñé?

ESCENA VII.

LEONOR Y RUGIERO.

RUGIERO.

(Entrando.) ¡Leonor!

LEONOR.

¡Rugiero amado!

RUGIERO.

¡No verte más creí!
Tu amor, dueño adorado,
veló tal vez por mí.

LEONOR.

Angustia inexplicable
mi pecho padeció;
que estando tú cautivo,
no estaba libre yó.
Por eso la ventura,

quiere de los dos,
fervientes mis plegarias
subian hasta Dios.

RUGIERO. Si un Angel de la Guarda,
mi infancia custodió,
velar por mi ha sabido
el ángel de mi amor.
Por eso mi respeto
reparto entre los dos;
que unidas sus plegarias.
llegaron hasta Dios.

—

LEONOR. Ya rotas las cadenas,
feliz te puedo ver.

RUGIERO. Si fué la pena horrible,
inmenso es el placer.

HABLADO.

LEONOR. ¡Rugiero!

RUGIERO. ¡Leonor querida!

Mi vida sin tí no es vida.
Por eso llamé á la muerte,
que era por mí preferida
al suplicio de no verte.
Y hoy al respirar tu aliento
es tal la dicha que siento,
como de tí separada
el alma, gimió angustiada
víctima de su aislamiento.

—¿Mas, cómo hasta aquí has venido?

LEONOR. Nunca me hubiera atrevido
á dar tal paso, Rugiero:
pero ¡ay! el destino fiero
á venir me ha decidido.

RUGIERO.

Habla, Leonor.

LEONOR.

Cruel muerte
van mis palabras á darte,
pues hoy la contraria suerte
al obligarme á perderte
tambien me manda olvidarte.

RUGIERO.

¡Cielos!

LEONOR.

Mi padre, que ignora
nuestro amor, quizás funesto,
sin ver la llama traidora
que nuestras almas devora
mi casamiento ha dispuesto.

RUGIERO.

¿Qué escucho?

LEONOR.

El mandato alevé
que á nuestra dicha se atreve
mis sueños viene á turbar,
y al marqués Apiani, en breve,
mi mano debo entregar.

RUGIERO.

¿Y así tu lábio inhumano
lo dice?

LEONOR.

Sé que destruyo
tu esperanza...

RUGIERO.

¡Hado tirano!

LEONOR.

Mas nunca daré mi mano
siendo mi corazon tuyo.

RUGIERO.

¡Leonor!

LEONOR.

Ignoro qué suerte
nos reserva el porvenir,
más si un dia he de perderte
quiero mil veces morir
antes que dejar de verte.

RUGIERO.

Adios, porvenir querido,
por mis ensueños mecido;
yo anhelaba fama y gloria
y hoy, al ver mi bien perdido

borrar quiero su memoria;
 yo soñé que al genio fiel
 el mundo con voz ferviente
 me aclamaría en tropel
 viendo ceñida mi frente
 por el divino laurel,
 y hoy ese laurel divino
 miro hundirse en lontananza,
 que el vendaval del destino
 á tronchar el tallo vino
 de la flor de mi esperanza.
 De mis amantes quimeras
 ángel puro ser pudieras;
 ¿por qué al destino le plugo
 que en vez de ser ángel fueras,
 tan hermosa, mi verdugo?

LEONOR.

Nº, Rugiero; tu fortuna
 cambiar puede en un momento
 si al trabajo, fe se aduna,
 que si ennoblece la cuna,
 más ennoblece el talento.
 ¡Imposible!

RUGIERO.

LEONOR.

Vuelve en tí;

si en noble cuna nací,
 y tú en esfera más baja,
 yo te amo; ten fe y trabaja
 para llegar hasta mí;
 ancho campo á tu ambicion
 te brinda esa esposicion
 que oro y porvenir concilia.

RUGIERO.

LEONOR.

¡Ah, sí, mi santa Cecilia!
 Corre en pos del galardón,
 y cuando ya satisfecho
 el mundo á tu gloria estrecho
 mires, podré placentera

- gritar: yo fui la primera que hizo latir ese pecho. Yo conquisté ese tesoro de más quilates que el oro, rindiéndole mi albedrío, y á cambio de un «yo te adoro» hoy ese tesoro es mio.
- RUGIERO. ¡Ay de mí, vano es luchar.
- LEONOR. ¿Y tú pretendes amar? Si has trabajado y si tienes la estatua, ¿en qué te detienes que no la vas á llevar?
- RUGIERO. Si un loco afan abrigó mi pensamiento al hacerla, contra un deber se estrelló, porque nadie puede verla, nadie, Leonor, mas que yo. Por la pasión impulsado, sin advertirlo, he copiado tu rostro en esa escultura, y si algo en ella he creado es debido á tu hermosura.
- LEONOR. Quiero ver tu obra.
- RUGIERO. ¡Perdon!
- LEONOR. ¿A mostrarla no te atreves?
- RUGIERO. Mirala (Descorriendo la cortina.) Dí tu opinion.
- LEONOR. Es preciso que la lles hoy mismo á la exposicion.
- RUGIERO. No, Leonor; mi fantasía copió en esa estatua fria, tus encantos seductores, y publicarla, sería publicar nuestros amores.
- LEONOR. Pues bien, aunque el mundo entero escarnezca mi memoria,

- grande, ilustre, verte quiero:
 ¿qué vale mi honor Rugiero
 comparado con tu gloria?
 ¡Mi gloria! Si á sus reflejos
 pudiera sacrificarte,
 fueran vanos tus consejos:
 esa estatua está muy lejos
 de ser una obra de arte.
 El amante, no el artista,
 hizo en ella su ideal:
 mas hoy Leonor, á tu vista,
 sé cuanto la copia dista
 de tu hermoso original.
 No hay en la belleza fría
 de esa inmóvil escultura
 la encantadora armonía,
 la celestial hermosura
 que en tu imágen me estasia.
 Tus ojos de luz son centro,
 y en los de mi estatua, encuentro
 glacial mirar, muda calma:
 ¿quisiera tener tu alma
 para encerrarla allí dentro!
- LEONOR. Ten confianza y valor,
 yo á mi padre nuestro amor
 hoy mismo confiaré,
 y nunca su afecto fué
 insensible á mi dolor.
- RUGIERO. Tal vez la pasión te ciega.
- LEONOR. ¿Qué padre no abre sus brazos
 á un hijo que llora y ruega?
- RUGIERO. Vé, pues, pero si se niega
 haré la estatua pedazos.
- LEONOR. De la dicha corro en pos.
- RUGIERO. Tiembla que no se destruya

LEONOR. la ventura de los dos.
Rugiero, juro ser tuya
ó morir. ¡Adios!

RUGIERO. ¡Adios!
(Corre la cortina que cubre la estatua.)

ESCENA VIII.

RUGIERO y enseguida PAOLO.

RUGIERO. Su voz me alienta: luchemos,
y aunque fiero desengaño
destruya mis ilusiones,
probar suerte es necesario...
Corro á ver las esculturas
que al concurso han presentado.
Para vencer, es preciso
conocer al adversario.
¡Paolo!

PAOLO. (Saliendo.) ¡Rugiero!

RUGIERO. Es fuerza
que salga un instante: en tanto,
que nadie corra ese lienzo,
hoy más que nunca te encargo;
en cuanto á tí...

PAOLO. Vé tranquilo.

RUGIERO. Lo sé, y muy en breve, acaso
mañana, pueda decirte
el secreto que allí guardo.

PAOLO. Cuando tú nada me has dicho,
será que debo ignorarlo.

RUGIERO. A Dios, pues. (Váse.)

PAOLO. Él te acompañe!

ESCENA IX.

PAOLO, y despues MIGUEL ANGEL.

- PAOLO. En pos de ella corre, acaso.
¡Ay, triste de mí! Ya puedo
dar libre rienda al quebranto,
sin que mentida sonrisa
tenga que plegar mis lábios.
Ellos se aman, son felices;
y no he de ser yo el obstáculo
que á su ventura se oponga.
Este amor tan insensato
creció en silencio, y la tumba
en silencio ha de encerrarlo.
- MIGUEL. (Entrando.) ¡Aquí debe ser!
- PAOLO. ¿Quién?... ¡Ah!
¿Sois vos?
- MIGUEL. ¿Te estraña? Aquí traigo
la cantidad convenida.
- PAOLO. En verdad que sois exacto...
Aquí tenéis la figura.
- MIGUEL. Venga, pues; el trato es trato.
¿Estás solo, por lo visto?
- PAOLO. Sí, señor, solo: mi hermano
ha salido hace un momento.
Si le quereis ver, sentáos;
poco tardará en volver.
- MIGUEL. ¿Tú tambien te has dedicado
al arte de la escultura?
- PAOLO. No, señor; dibujo.
- MIGUEL. ¡Ah, vamos!...
¿Y estos bocetos, sin duda,
son debidos á tu mano?



- PAOLO. ¿Entendeis?
- MIGUEL. Muy poca cosa.
Pero con todo, aquí hallo
mucha verdad: éste término
está poco despegado
del fondo; pero se advierte
buen instinto en el trabajo.
- PAOLO. ¡Muchas gracias!
- MIGUEL. El conjunto
es agradable. Y tu hermano,
¿en qué se ocupa?
- PAOLO. En hacer
esculturas, del tamaño
de esa que habeis adquirido.
- MIGUEL. Esto es poco, aunque ya es algo.
¿Por qué no se arriesga á hacer
obras grandes? ¿No ha pensado
quizá en labrar alguna
Santa Cecilia?... En el caso
presente tal vez...
- PAOLO. Lo ignoro:
y si lo ha hecho, no ha juzgado
prudente decirme nada.
- MIGUEL. ¿Pero tú sospechas algo?...
No hay por qué guardar secreto,
y hasta es inútil callarlo,
porque al fin los mercaderes
tenemos muy buen olfato.
- PAOLO. Como él aquí por las noches
trabajar suele encerrado.
Nada, señor, sé de cierto;
pero hará cosa de un año
que, aunque ignoro para qué,
ví entrar un trozo de mármol
bastante grande, sin que haya.

hasta el presente logrado
saber qué hizo de él.

MIGUEL.

Quizá

tras ese lienzo... ¡Veamos!

PAOLO.

Teneos, señor, teneos,
él me prohibió tocarlo,
y sus deseos son órdenes
para mí: si ahí encerrado
mi porvenir estuviera,
antes cortára mi mano
que descorrer ese lienzo.

MIGUEL.

Respeto digno y extraño.

PAOLO.

Rugiero por mí daría
la vida, á ser necesario,
y yo pagando su afecto
le reverencio y le amo.

MIGUEL.

Esa conducta te honra.
Mas, dime, ¿quién le ha enseñado
el oficio? ¿qué maestros
ha tenido?

PAOLO.

Dos muy sábios.

MIGUEL.

¿Y son?

PAOLO.

La naturaleza
y Miguel Angel.

MIGUEL.

(Halagado) ¡Ah!... ¿y cuándo
y dónde con este último
estudiar pudo tu hermano?

PAOLO.

En todas partes, señor,
Miguel Angel es un astro
que vivifica y alumbra
toda Italia con sus rayos.

MIGUEL.

¿Tal le juzgas?

PAOLO.

Aun es débil
cuanto digo; sin embargo,
en Génova apenas hay

- obras suyas.
- MIGUEL. ¿Sois acaso genoveses?
- PAOLO. Sí, señor.
Y solamente hace un año que vivimos en Florencia.
- MIGUEL. Está bien : mas ya que tanto tarda Rugiero, ¿quisieras mostrarme algunos trabajos de los suyos?
- PAOLO. ¿Por qué no?
Ahí dentro debe haber varios. Si permitís...
- MIGUEL. Vé por ellos.
- PAOLO. Voy, voy al punto á buscarlos (Váse.)

ESCENA X.

MIGUEL ANGEL.

MÚSICA (1.)

El arte forma mis ilusiones,
y es mi destino siempre buscar,
halagadoras las impresiones
del que á su pátria quiere encumbrar.

Dichoso me siento,
si unido á mi nombre,
le doy gloria á un hombre,
y le eleve donde otros están.
Vivir en la sombra
el génio no debe;
y hallar pienso en breve
al artista soñado en mi afan.

(1) Esta romanza puede suprimirse.

HABLADO.

¡Oh, sí! Rugiero es artista,
no creo haberme engañado;
trás esa cortina oculta
su estatua mejor acaso.

¿Y ha de quedar en la sombra?
Tal vez indigno es el paso;
¡pero todo por el arte!

(Descorre la cortina.)

¡Santo Dios! ¿Qué estoy mirando?
Es una obra maestra.

¡Así la ocultaba tanto!
Mas ahora que bien me fijo,
falta un no sé qué á ese mármol;
no hay la expresion que debiera
en ese rostro, y la mano
del escultor, temerosa,
no marcó bien esos rasgos;
inexperiencia ú olvido...

Aquí hay cinceles y mazo...

Demos el último toque;
no sé por qué estoy temblando.

(Dá algunos ligeros golpes en la estatua.)

ESCENA XI.

Dicho y PAOLO.

PAOLO. (Saliendo.) ¡Ah!... ¿Qué haceis?

MIGUEL. (Corriendo la cortina.) ¡Ya está acabada!

PAOLO. ¡Eso es indigno! ¡Es villano!

El estudio de un artista
debe ser siempre sagrado.

MIGUEL. De mi visita te ofrezco
que ha de acordarse tu hermano.

- PAOLO. ¡Para maldeciros!
- MIGUEL. No;
yo te lo juro. ¡Dios Santo!
Gracias, sí, gracias mil veces;
mis sueños se han realizado.
¡Él se acerca!
- PAOLO. Pues silencio;
MIGUEL. ni una palabra.
- PAOLO. Mas, cuando
advierta de la manera
que obedecí sus mandatos,
cuando contemple su obra
por vos destruida acaso...
MIGUEL. Nada dirá; yo lo fio.
- PAOLO. ¿Qué habeis hecho?
- MIGUEL. ¡Calla, ingrato!

ESCENA XII.

Dichos, y RUGIERO, que, sin verlos, entra preocupado.

- RUGIERO. (Darme á conocer queria,
y ahora, ¡ay de mí! estoy temblando.
Aquella estatua de Juan
de Bologne, aquel...)
- PAOLO. ¡Hermano!
Mucho has tardado, ¿qué tienes?
- RUGIERO. Nada: sino que al acaso
la Exposicion entré á ver,
y noté que entre los vários
trabajos que allí se encierran
los hay sublimes.
- MIGUEL. (Que se habrá ido acercando.) No tanto.
- RUGIERO. ¡Ah... Caballero...!
- PAOLO. El señor

es el mercador que ansiando
conocerte, vino...

MIGUEL.

Si;

yo soy el que os ha comprado
la Santa Irene...

RUGIERO.

Y por cierto

en precio bastante caro.

MIGUEL.

Eso prueba que hasta ahora
habeis, Rugiero, ignorado
lo que podeis hacer.

RUGIERO.

¿Cómo?

MIGUEL.

Procurad no abandonaros,
y aprovechad más el tiempo.

RUGIERO.

¿Me conocéis?

MIGUEL.

No; más trato
de conoceros.

RUGIERO.

¿Quién sois?

MIGUEL.

Mi nombre aquí no es del caso;
pero sabed, que entre todas
las estatuas de que hablamos
hace un instante, no hay una
digna del premio.

RUGIERO.

¿Es extraño!

¿Estais bien seguro?

MIGUEL.

Si.

RUGIERO.

Para poder apreciarlo,
es necesario entenderlo.

¿Sois vos escultor acaso?

MIGUEL.

Quién sabe... Dejad que estreche
con mi mano vuestra mano;
sabed que soy vuestro amigo
y anhelo poder probároslo.
Tal vez, para conocernos,
tendremos tiempo sobrado.
Adios.

RUGIERO.
MIGUEL.

Pero esas palabras...
¡Contancia y fe en el trabajo! (Váase.)

ESCENA XIII.

RUGIERO y PAOLO.

RUGIERO.

¡Contancia y fe!.. Si, verdad;
calle la desconfianza,
y sepamos lo que alcanza
la fuerza de voluntad.
Hasta aquí un santo deber
guardar sigilo mandaba;
mas hoy que el motivo acaba,
vas mi secreto á saber;
y es, que si Dios nos auxilia,
temer no debemos nada,
que yo tambien terminada
tengo una Santa Cecilia.

PAOLO.

¡Ah Rugiero!... (Temeroso.)

RUGIERO.

¿Tu deseo
será verla?

PAOLO.

(¡Estoy perdido!)

RUGIERO.

Piensa... (Queriendo detenerle.)

Ya estoy decidido:

PAOLO.

¡Mira! (Descorriendo la cortina.)

RUGIERO.

¡Hermano!...

(Mirando la estatua.) ¡Dios!... ¿Qué veo?

No es un sueño que alucina..

¿Ese hombre que ha estado aquí?...

¡Responde!...

PAOLO.

(Turbado.) Pero... ¿Por qué?

RUGIERO.

Habla!...

PAOLO.

(Balbuciente.) Si!...

RUGIERO.

¿Ha corrido esa cortina?

- PAOLO. (Suplicante.) ¡Perdon!
- RUGIERO. ¡Ese mármol frío
ha tocado su cincel?
- PAOLO. ¡Ay! sí, Rugiero! (Con angustia.)
- RUGIERO. (Muy gozoso.) ¡Es Miguel!
¡Es Miguel Angel!
- PAOLO. (Con alegría.) ¡Dios mio!
- RUGIERO. Sí; quien un rostro de arcángel
hace que en el mármol quede,
es Miguel Angel; no puede
ser otro que Miguel Angel.
- PAOLO. ¡Oh placer! ¿él te alentó?
- RUGIERO. Es cierto, y con rostro ufano
pidióme estrechar mi mano:
¡dichoso... dichoso yo!
- PAOLO. Tu justo gozo ad vino
que el suyo escuda tu nombre,
y una prediccion de ese hombre
es una órden del destino.
Valor Rugiero; la historia
tuyo un recuerdo tendrá:
vuelve en tí, porque hoy será
tu primer dia de gloria.
- RUGIERO. ¡Paolo!... ¡hermano!... mi vista
se nubla, y no, no es la muerte.
Sufro la emocion más fuerte
que sufrir puede un artista.
Saltar del pecho en pedazos
pretende mi corazon.
- PAOLO. ¡Cálmate!
- RUGIERO. Tienes razon.
- PAOLO. ¡Rugiero!
- RUGIERO. Ven á mis brazos,
y formen dulces cadenas
sobre tu cuello querido;

PAOLO. tú, con quien he compartido
mis temores y mis penas.
Tu ventura empieza hoy,
que no ha de verse turbada
ni por nadie ni por nada.

ESCENA XIV.

Dichos y un PAJE.

PAJE. ¿Rugiero Scolta? (Desde la puerta.)

RUGIERO. ¡Yo soy!

PAJE. En vuestro dicho me fio.

RUGIERO. ¿Qué quereis?

PAJE. (Dándole un pliego.) Tomad, señor,

de parte del senador

Andrea Acosta.

RUGIERO. (Tomándole.) ¡Dios mio!

(La dicha encierra este pliego:

no sé lo que por mí pasa;

mas su contacto me abrasa,

cual si dentro hubiera fuego.)

Ten brios.

PAOLO.

¡Bien lo quisiera!

RUGIERO.

Dá ese temor al olvido.

PAOLO.

A todo estoy decidido;

RUGIERO.

sea, pues, lo que Dios quiera.

(Rompe el sobre, y despues de dudar un momento empieza a leer. Paolo corre la cortina.)

(Leyendo.)

»Rugiero, todo lo sé;

mas una deuda sagrada,

de mi palabra empeñada

me obliga aguardar la fe.

Por el Marqués recobré

título, hacienda y honor,

y aunque me agobie el dolor,

antes que padre soy hombre,
 y debo salvar mi nombre
 sacrificando á Leonor; (Breve pausa.)
 contempla con madurez,
 aunque á tu dicha se opone,
 los deberes que me impone
 mi estado, y sé tú mi juez:
 si hoy á mi triste vejez
 volver el honor procura
 un hombre, y de su ventura
 cuentas me pide severo,
 ¿qué he de hacer?... Guarda, Rugiero,
 guarda bien esa escultura.
 Lisa Giacondo se vió
 deshonrada, en el instante
 que Vinci, artista y amante,
 su retrato publicó:
 ¿Harás tú lo mismo?... No;
 tú eres honrado, eres bueno,
 y no has de estar tan ageno
 al deber, que con tu mano
 quieras dar muerte al anciano
 que te recibió en su seno.

(Breve pausa.)

(Declamando.) ¡Ay de mí!... Nunca me ha herido
 golpe que más me aniquile.

PAJE. ¿Tiene respuesta?

RUGIERO. Sí; dile

que (Suspirando.) que será obedecido,
 y que esto debe bastarle. (Vase el paje.)

PAOLO. ¿Qué te pasa?... ¡Estás inquieto!

RUGIERO. (Dándole la carta.) Ya que sabes mi secreto

¡mira si debes guardarle!

Marcada, sin duda, está

mi suerte; ¡suerte terrible!...

PAOLO. (Después de leer.) ¡Oh! ¡Pero esto es imposible!

No puede ser, no será.
Él no te puede exigir
que así tuerzas tu camino.

RUGIERO. No es Acosta, es el destino
quien mata mi porvenir.

PAOLO. Esa estatua, pudo ser
reproduccion de memoria.

RUGIERO. Mezquina fuera mi gloria
si faltára á mi deber.
Lisa de Giocondo, no era
del Marqués Apiani amada,
y por Leonardo impulsada
sufrió la deshonra fiera.

PAOLO. Vé que tu nombre precisa
dejar en el abandono.

RUGIERO. Ni yo ser Vinci ambicionado,
ni en Leonor verán á Lisa
de negra duda al través;
un porvenir vislumbraba,
y gloria y nombre anhelaba
para ponerlo á sus piés;
más hoy que el destino fiero
pone fin á esta zozobra,
todo en el mundo me sobra;
ya sin su amor, nada quiero.

ESCENA XV.

Dichos y LEONOR.

PAOLO. ¡Ah! (Viéndola entrar.)

LEONOR. Rugiero.

RUGIERO. ¡Qué imprudencia!

LEONOR. Verme llegar no te asombre:

vengo á decir que tu nombre
es conocido en Florencia.

Alguno la estatua vió,
y su valor comprendiendo,
entusiasta, á lo que entiendo,
su mérito publicó:

y ya el artista novel,
oscuro y hasta ignorado,
es por un pueblo aclamado
para ceñir el laurel.

PAOLO. ¡Gracias, Dios mio!

RUGIERO. (Abatido.) Tu padre
nos negó su asentimiento.

LEONOR. Rendido por tu talento,
cederá mal que le cuadre.

RUGIERO. ¡Ya su mandato acaté!...

PAOLO Y LEONOR. ¡Rugiero!

RUGIERO. Y aunque me aflija,
mientras Acosta lo exija
mi palabra mantendré.

LEONOR. Piensa, Rugiero, que así,
pierdes mi amor al perderte.

PAOLO. Que todos, sin conocerte,
su vista han fijado en tí.

RUGIERO. No puedo... ¡Ay de mí!...

LEONOR. Comprende
que das mi amor al olvido,
y que por todos querido
tu nombre los aires hiende.

PAOLO. Es cierto, ¿no oyes rumor
confuso en la plaza?

RUGIERO. ¡Sí!

LEONOR. Ellos tal vez.

PAOLO. (Mirando por la ventana.) ¡Hacia aquí
se acerca un grupo!

- RUGIERO. ¿Leonor,
qué has hecho?
- LEONOR. Si vienen...
- RUGIERO. (Asaltado por una idea.) ¡Ah!
Pronto, ven á este aposento,
que mientras yo tenga aliento,
nadie acercarse osará. (Leonor se oculta.)
- PAOLO. Rugiero, Rugiero, es él,
(Mirando de nuevo por la ventana.)
¡es Miguel Angel!
- RUGIERO. ¿Qué dices?
- PAOLO. ¡Sí, sí!... ¡Ya somos felices!...
Se páran... ¡crece el tropel!...
- RUGIERO. (Desanimado.) Tal vez será una ilusion.
- PAOLO. No; tu estrella está en bonanza,
y el soplo de la esperanza
reanima mi corazon:
¡de ese tumulto el alarde,
tu génio es quien lo motiva!
- UNA VOZ. (Dentro.) ¡Viva Rugiero!
- PAOLO. ¿Oyes?
- VARIAS. (Idem.) ¡Viva!
- PAOLO. ¡Te vitorean! (Con alegría.)
- RUGIERO. (Con desprecio.) ¡Ya es tarde!

ESCENA XVI.

VECINOS, VECINAS.—Luego MIGUEL el MARQUÉS y acompa-
ñamiento, LEONOR oculta.

MÚSICA.

VECINOS Y VECINAS. Aquesta es la casa,
entremos aquí,
pues todos queremos
su génio aplaudir.

- MARQUES. (Entrando con Miguel y séquito.)
En nombre del Gran Duque,
que el parabien os dá,
la estatua que habeis hecho
venimos á buscar.
- TODOS. (Por Rugiero.) Es él.
- RUGIERO. Esa escultura
no imaginé jamás
llevarla ante el concurso,
y nadie la verá.
- LEONOR. (Desde la puerta del aposento en que está oculta.)
Sú gloria y su fortuna
me sacrifica al par.
- MIGUEL. Preciso es que al Gran Duque,
Rugiero, obedezcais. (Estrechando su mano.)
- PAOLO. (Bajo á Rugiero.) ¡Hermano! ¡es Miguel Angel!
- RUGIERO. (Inclinándose ante él.) ¡Señor! ¡cuánta bondad!
- MARQUÉS. (A sus criados.) Detrás de esa cortina
la estatua debe estar.
- RUGIERO. (Dirigiéndose hácia la cortina, irguiéndose precipitadamente y cerrándole el paso.) Teneos.
- LEONOR, (Oculta) ¡Cielo santo!
- MIG. y PAOLO. ¡Rugiero!
- RUGIERO. ¡Atrás!... ¡atrás!
- CORO. Con florea le responde,
y á luchar resuelto está.
Un misterio aquí se esconde:
¿qué será?... ¿qué no será?
- MARQUES. Basta de súplicas:
ya es menester
que augustas órdenes
cumplimenteis. (Dirigiéndose á la cortina)
- RUGIERO. Pues harto rogué en vano;
primero que os la dé,
la estatua por mi mano

pedazos mil haré.

(Ha tomado un martillo, y se dirige frenético con él levantado para romper la estatua.)

- MIGUEL. ¡Sacrilego! (Deteniéndole.)
 LEONOR. (Saliendo.) ¡Rugiero!
 CORO. ¡Una mujer!
 MARQUÉS. (Reconociéndola.) ¡Leonor!
 RUGIERO. ¡Qué intentas? (Cayendo desfallecido en los brazos de Paolo.)
- LEONOR. Salvar quiero
 su gloria con mi honor.
- MARQ. (A Leonor) Creí que á una noble, creí que á una dama
 habia ofrecido mi nombre y mi fé;
 mas hoy, la que ultraja su estirpe y su fama,
 no espere que nunca mi mano la dé.
- LEONOR. La torpe calumnia ya insulta mi fama:
 baldon de Florencia mañana seré;
 mas si él sacrifica su gloria á quien ama,
 es justo que en pago mi honra le dé.
- MIGUEL. Aquí de un misterio se oculta la trama;
 mas pronto de todo la causa sabré;
 si grande el artista su génio proclama,
 más grande, más alto, al hombre se vé.
- PAOLO. La torpe calumnia ya insulta su fama;
 su frente de oprobio cubierta se vé;
 de amor en mi pecho revive la llama;
 y yo contra todos su escudo seré.
- CORO. Aquí de un misterio se oculta la trama,
 mas pronto de todo la causa sabré:
 turbada y confusa se encuentra la dama,
 y en gran compromiso su fama se vé.
- RUGIERO. La torpe calumnia ya insulta su fama;
 su frente de oprobio cubierta se vé;
 mas si sacrifica su honor á quien ama,
 es justo que en pago mi gloria le dé.

- LEONOR. Pues bien, yo soy su amada.
(Descorriendo la cortina.)
Mi imágen ved aquí.
- RUGIERO. ¿Qué has hecho, desgraciada?
- MARQUÉS. ¡¡Es ella!!
- CORO. ¡¡Es ella!!
- LEONOR. ¡Sí!
- Aplauso para el arte
oprobio para mí.
- MIGUEL. Accion tan sublime
no humilla jamás:
la estatua al concurso
llevada será.
A ver al Gran Duque
corramos los dos,
premiar puede al génio
premiando su amor.
- LEONOR. ¡Señor!
- MIGUEL. ¡En mí apoyaos!
- LEONOR. ¡Rugiero!...
- RUGIERO. ¡Adios!
- LEONOR. ¡Adios!
- MIGUEL. O rompo mis cinceles
ó vuelvo vencedor.
- CORO. ¡Paso, paso á Miguel Angel!
¡Paso, paso á una beldad!
Algo grave se prepara.
¿Qué será, qué no será?
(Leonor, apoyada en Miguel Angel, sale con éste de escena.)

ESCENA XVII.

Dichos, ménos LEONOR y MIGUEL ANGEL.

- MARQUÉS. En marcha, pues,
la procesion.
- CORO. En marcha, pues.



MARQUÉS.

Sin dilacion.
 (Colocan la estatua en unas andas.)

Es especial
 mi situacion,
 á mi rival
 tengo aversion,
 y por mi mal
 llevo el pendon
 en su triunfal
 coronacion.

CORO.

Vaya marchando
 la procesion.
 Vaya marchando
 la procesion.

Al templo la escultura
 llevemos sin tardar;
 en breve un nuevo génio
 Florencia contará.

(Todos salen de escena arrastrando entre el tropel á Rugiero y Paolo.)

MUTACION.

Interior de la catedral, adornada é iluminada brillantemente para la ceremonia de la coronacion.

ESCENA XVIII.

Al hacerse la mutacion empieza á oirse fuera la marcha acompañada de vítores y aplausos. Poco á poco va acercándose, y empieza á entrar en el templo la procesion en la forma siguiente: Banda: un paje llevando sobre un almohadon El laurel de oro: el Marqués, con la bandera nacional: fraile y dos monaguillos, con un estandarte: un caballero y dos pajes con otro: caballeros, reyes de armas la estatua conducida en andas; el pálio debajo del cual viene Rugiero apoyado en Paolo: sacerdotes, pueblo con banderas, etc., etc. La comitiva se coloca convenientemente repartida por las naves de la catedral y formando semicírculo: al terminar la marcha sale Miguel Angel conduciendo á Leonor de la mano. Tremolo en la orquesta.

MIGUEL. Vítor al genio que gana
del arte la preeminencia,
y al que dos glorias hermana.
Oye, pueblo de Florencia,
la voluntad soberana:
Si inmolan ante el deber
con abnegacion notoria,
un padre á la que dió el sér,
su buen nombre una mujer,
y un gran artista su gloria,
hoy, clemente el soberano,
á esos tres séres redime.

(Toma á Leonor por la mano y la conduce al lado de Rugiero.)

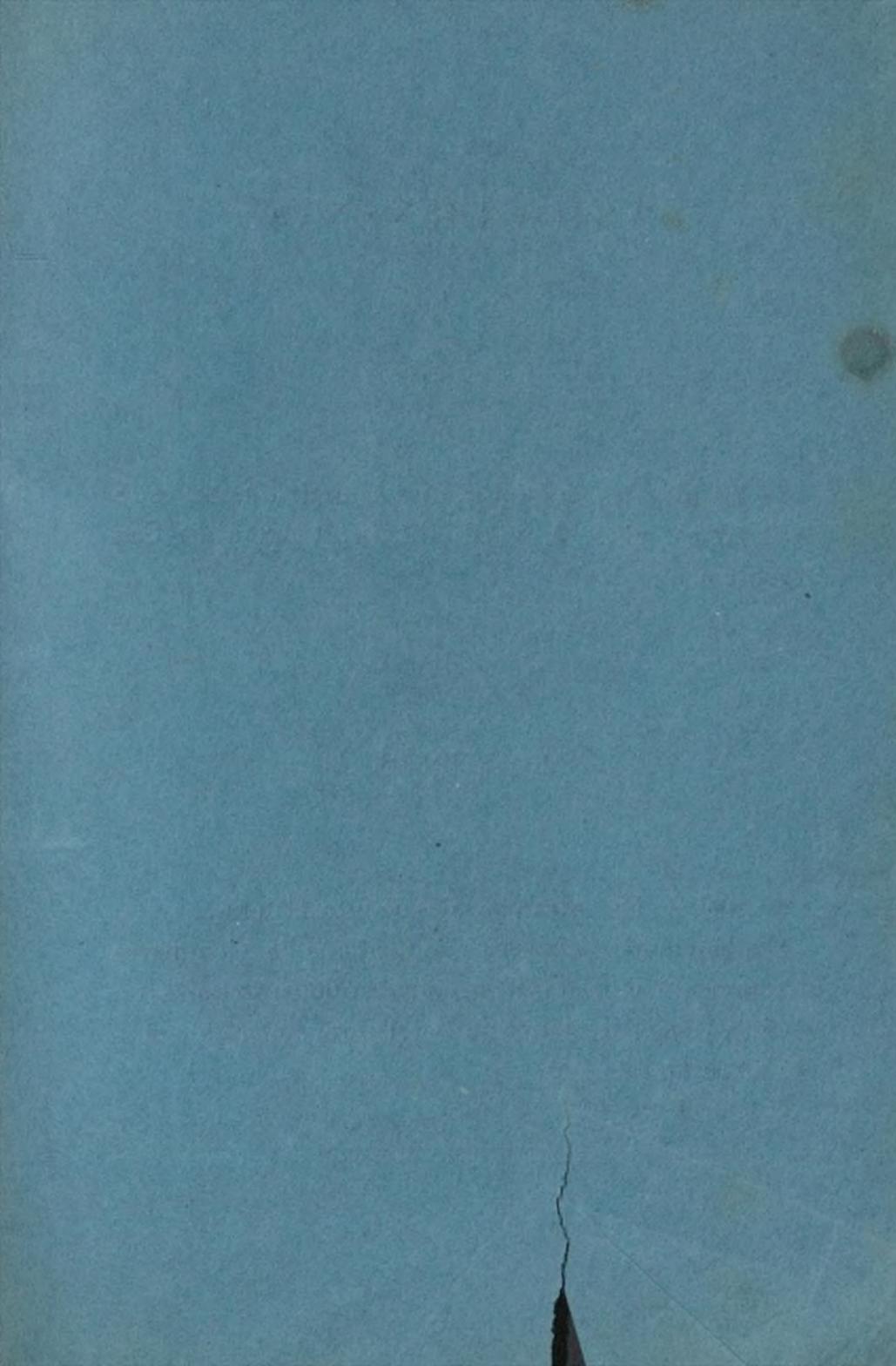
Vuestra es, Rugiero, esta mano.

¡Loor al génio sublime

- honra del suelo italiano!
 Para ser digno de amarte,
 corrí del laurel en pos.
- LEONOR. Tu triunfo mi amor comparte.
- PAOLO. ¡Son felices!
- RUGIERO. ¡Gloria al arte!
- MIGUEL. ¡Gloria al génio! (Cogiendo la corona.)
- RUGIERO. (Arrodillándose.) ¡Gloria á Dios!

(Miguel Angel corona á Rugiero, colocándose en medio de él y Leonor.
 Amen en la orquesta y telon muy pausado.)

FIN.



PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de *Durán*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

Precio, 6 rs.